

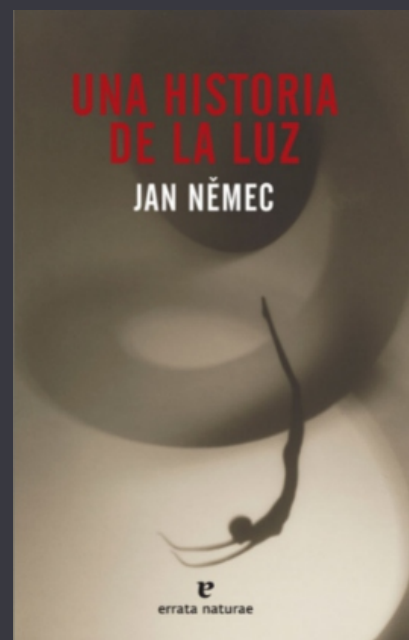


# Visita

al territorio de

# Jan

# Nemec





*A mis profesores*

«Amo una sola cosa, y no sé lo que es,  
y la he elegido porque no sé lo que es».

Angelus Silesius

«Al diablo con la primera persona».

Samuel Beckett

# Prologo

UN día antes de que suceda estás sentado a la mesa en una cabaña minera de las afueras de Příbram. Al otro lado de la habitación hay una alacena blanca con la vajilla desportillada y un armario viejo repintado. En la pared cuelga una imagen religiosa, una bendición y una cruz de madera hecha con dos palos atados con un alambre oxidado. Unas prendas de ropa que parecen trapos están tendidas en una cuerda sobre la estufa. El suelo necesitaría un buen arreglo: bajo las tablas se oye el ruido de los ratones y las demás criaturas que tienen sus guaridas y escondrijos entre las grietas. Del respaldo de la silla cuelga un mono sudado de minero, y sobre él, un delantal de cuero con manchas. Hynek y tú miráis al ser durmiente que ha dejado las cosas ahí, y con gran concentración le enviáis un mensaje mental para que despierte. Está tumbado a lo ancho en un jergón del que sobresalen unas briznas oscuras de paja y respira con dificultad. Hynek silba con delicadeza; su padre ni se mueve.

Un *štufnverk*, la maqueta de una mina a modo de belén, sin terminar, descansa sobre una balda. Está al alcance de la mano; sin embargo, no podéis tocarlo estando solos. En un momento dado, Hynek no puede resistir la tentación y alarga la mano hacia dos figuritas de arcilla, dos fugitivos que están un poco apartados y que se deshacen al tocarlos. Te acerca uno, coges el muñequito con cuidado entre el pulgar y el índice y te inclinas sobre él.

¿Has estado alguna vez en la ciudad de plata?, susurras como si hablara él. ¿En la puerta de plata?

Allí llega solamente una galería, y la vigila San Procopio con un diablo encadenado; pero yo me sé el santo y seña, murmura Hynek con la otra figurilla desnuda en la mano.

Pues dilo.

¿Qué cuchicheáis por ahí, chicos?, se escucha en un rincón de la habitación.

Hynek se alegra:

Padre, ¿ya no duermo?

Dios santo, ¿qué está pasando?, exclama el hombre sentándose en la cama. ¿Ya está el hijo de Hokynar aquí con nosotros otra vez?, pregunta mientras se rasca con las manos sarmentosas su velludo pecho. Bueno, cualquier ayuda nos viene bien, pero luego te vas a comer a tu casa...

Hynek corre a por una jarra con agua y el padre se lava la cara tan vigorosamente que salpica incluso la basta pared que está detrás. Se frota luego las axilas y con dificultad va hasta la mesa, coge el mono de minero de la silla y lo tira sobre la cama. Después se sienta y echa un vistazo a su alrededor, como si todo lo viera por primera vez, o como si tuviera que asegurarse primero de que todo está en su sitio. Lo está; echa una ojeada de intendente adormilado al cuarto en penumbra: el cuadro de la madre de Dios, un bordado, un cazo, un calendario; junto a una pata de la mesa se acurruca un gato dormido; junto a otra, un montón de tierra. El padre de Hynek lo coloca sobre la tabla de la mesa, que está rayada, y lo humedece.

Todas las personas son de tierra, Adán fue creado con arcilla, recita, se santigua, enciende el quinqué y después agrega: Necesitamos aún unos diez o doce.

Luego sale a orinar al patio.

En la estancia reina la penumbra, a pesar de que sólo es mediodía; las ventanas son pequeñas, es más importante retener el calor que la luz. La arcilla se ablanda suavemente en las manos, su humedad a veces atrae el reflejo de las llamas, y tú intentas introducirlo en su interior con los dedos. Dar forma a las figuras se te

da algo mejor que a Hynek. Tomas un trozo de arcilla y haces un cilindro con el que luego sigues trabajando. El padre de Hynek a veces te asesora, y por ello sabes que piensa que eres el más hábil de los dos, mientras que, aunque siempre tiene que arreglar lo que hace Hynek, casi nunca le dice nada. Trabajas con un cuchillito pequeño con el mango desgastado, con el filo separas los brazos del tronco y una pierna de la otra; alguno de los mineros, los picadores, tienen que estar con las piernas muy abiertas para apoyarse bien en la roca, el vigilante también está de pie pero con las manos en los bolsillos, y otro minero, un corredor de recias piernas, espera a que le llenen la vagoneta.

¿Qué tal la escuela?, pregunta el padre de Hynek.

Fran ha estado castigado.

No he preguntado por él, sino por ti.

Ha sido una injusticia, insiste Hynek.

Hynek lo sabía, dices tú, e intentas apartar la vista del pulgar deformado del padre de Hynek, con una uña arrugada de la que se está quitando la suciedad.

Finalmente el *štufnverk* peregrina desde la balda hasta la mesa. Te arrodillas en la silla para verlo bien. Al inclinarte, la mesa se te clava en el costado.

El *štufnverk* tiene varios pisos y en total mide más de un metro. Parece una montaña agujereada, o un nido de avispas roto; hace falta tener cierta imaginación para entender que en realidad lo que está ahí, delante de uno, es una maqueta de una mina, pero como si estuviera del revés. En los mercados y en las ferias de montaña se suelen encontrar piezas mucho más trabajadas, con figuras de madera talladas con filigranas y diversos chismes mecánicos que muestran ingeniosamente cómo funciona la mina; los maestros de por aquí ganan una buena pasta con ello. Pero hasta en el *štufnverk* del padre de Hynek los mineros que pululan por los diferentes niveles tienen unos bonitos uniformes, y en el nivel principal se ven unas vías brillantes, hechas con dos cables. Sobre la tierra hay piedritas, pegadas desde fuera, trozos de cuarzo, mica brillante y, por supuesto, mena de plata, la sal de la tierra de este lugar. De

arriba sale la galería principal, y dentro hay unas cuantas maderitas, dispuestas con torpeza, que indican el engranaje de la escalera mecánica y las galerías; la escalera mecánica parece más bien una escalera fija. Pero lo que llama la atención enseguida son los rostros de los mineros, pintados de amarillo, algo que da a los hombres de las profundidades una expresión casi supraterrrenal, como la que tienen los santos en los cuadros de aficionados. No es una casualidad, los fabricantes de *štufnverks* lo aprendieron todo de los fabricantes de belenes, y a veces una figurilla de un minero o de un peregrino se muda adonde hace falta, a un belén o a un pozo.

Un día antes de que suceda, el padre de Hynek añade un par de homúnculos donde hay sitio libre, gruñe y termina de dar forma a algo. Después, saca del horno un pan asado de dos kilos y en su lugar coloca a esa cuadrilla que habéis amasado vosotros.

Mientras estaba durmiendo murmurabais algo sobre la ciudad de plata, les suelta. Bueno, traedme una cerveza...

A este lado de Příbram se apelotonan cabañas mineras miserables, a veces son más bien chozas. Están separadas por caminos embarrados con una hilera de hierba en medio, y apesta a animales y a basura. Los mineros, que, como el padre de Hynek, han estado en el turno de la mañana, salen a las puertas, fuman, arreglan algo; las mujeres, a su lado, dan de mamar a los bebés o cortan patatas y las echan a una cazuela, llevan el pelo pegado en la frente; alrededor husmean unos perros. Es finales de mayo, por el camino vais dando patadas a los dientes de león florecidos, y sus semillas blancas salen volando en todas direcciones. El ruido hace retumbar la posada, los mineros se limpian el polvo de piedra de los labios echándoselo al gaznate, para que no llegue a los pulmones, y por las noches lo orinan melancólica y dolorosamente bajo el todopoderoso cielo, pero tú sólo te percatas del dulce y rojizo interior de sus bocas. Por el camino bebéis un poco de cerveza y luego el padre de Hynek os sirve otro poco. Después cuenta historias sobre mineros que deberían haber muerto hacía tiempo, cuando una tromba de agua se precipitó desde las rocas por debajo de la tierra cientos de metros y transformó los túneles en salvajes torrenteras.

En realidad, se salvaron de milagro porque eran piadosos y rezaron con fervor, y desde entonces sus descendientes viven en la ciudad de plata, debajo de la tierra. Cuando llegue el momento saldrán a la superficie y, armados con escudos de plata, gobernarán la tierra.

Allí todo reluce tanto que basta con poner un quinqué para iluminar toda la plaza, dice el padre de Hynek. Allí todos los caballos tienen cascos de plata, forjados en un fuego blanco, y tintinean al trote. En uno de esos caballos, que no es como nuestros caballos de las minas, que están ciegos por la oscuridad; bueno, pues en uno de esos hermosos caballos llega el príncipe de plata. Y ese príncipe tiene que ponerse una armadura oxidada y con ella ganarse la corona de oro...

Te sabes esa historia de memoria, pero te gusta escucharla una y otra vez. En tu casa estas leyendas mineras no se toman en serio, ni nadie cuenta chistes groseros sobre enanos mineros.

Pero ¿de dónde va a sacar una corona de oro?, pregunta siempre Hynek. Tiene que ir por una galería secreta hasta la ciudad de oro, que está aún más abajo, para que se la den sus habitantes.

Benešov, Praga, Viena, la ciudad de plata, la ciudad de oro, París, San Petersburgo...

Un día antes de que suceda sacáis las figuras del horno. Te quedas decepcionado. Están rajadas, negras por el humo, y algunas tienen una cabeza muy fea, parece una cuadrilla que regresara de algún accidente en los túneles, unos desesperados sacados de las profundidades. Los enfriáis en agua, pero es en vano, elegís los tres mejores y el padre de Hynek quiere echar el resto al fuego. Te dan un poco de pena, logras rescatar a uno, tiznado, con una pierna rajada, pero los otros seis acaban entre las llamas, están aún húmedos y silban.

Envuelves cuidadosamente a tu Adán enhollinado en un periódico viejo y te vas a casa. Por la calle ya hace la ronda el farolero, vas detrás de él, de un lado de la calle al otro, y las lámparas se encienden delante de ti como en una batalla de luz.

Durante la quinta hora de clase el director abre la puerta del aula. Asiente, tose, el maestro se acerca a él, lo escucha con

expresión seria, y después os ordena ir a casa, no tenéis ni que terminar el examen escrito. En la plaza saltan las niñas del colegio femenino, los feriantes recogen sus barracas y se marchan con sus carretas. Estás contento porque te vas a casa antes de lo habitual, puedes comprarte alguna cosa, sólo que con esas tres monedas que tienes en el bolsillo no se puede hacer mucho, y además estás intentando ahorrar. Resistes todas las tentaciones y llegas a casa por la calle Pražská. Pero, en lugar de subir directamente arriba, te paras en la tienda de ultramarinos de tu padre. Tiene un escaparate grande que él cuida con cariño, delante de la puerta hay unas cestas de mimbre, otros artículos están colgados en unos ganchos. Tu padre lee la revista *Horymír*; bueno, podría parecer que lee, en realidad lleva ya varias horas haciendo cuentas y preguntándose cómo es posible que la tienda tenga cada vez menos ganancias a pesar de que se venda más, y en los bordes del semanal informativo y de entretenimiento de Příbram apunta, con letra pequeña, notas y cuentas. Te mira con sus ojos chispeantes, coge algo de debajo del mostrador y dice: Elige una mano.

Señalas una, él palpa disimuladamente, para no hacerte esperar, y delante de ti aparece un lapicero nuevo Koh-i-noor. El lápiz es largo, blanco y tiene una goma en un extremo. Nunca has visto hasta entonces un lápiz con goma, a pesar de que conoces bastante bien los últimos modelos. En la pintura blanca, con bonitas letras negras, está escrita esa palabra extraña: KOH-I-NOOR. Corres a la trastienda, tiras allí la bolsa del colegio y de un estuche de tela sacas un sacapuntas de metal. Enseguida aparece la puntilla de madera, siempre deseas poder sacar punta al lápiz de una vez, como cuando tu madre pela una patata, pero eso pasa muy de cuando en cuando; esa peladura con borde blanco se cae y va a dar al suelo a la mitad del proceso.

Mueves la mesa hasta una pequeña ventana polvorienta para poder dibujar con mejor luz. Das vueltas al lapicero entre los dedos con gusto y miras la punta, es lo único que no gira, te tocas con la lengua el diente que se te mueve y piensas en cómo es posible que la punta no se mueva, dudas sobre si no deberías decírselo a tu



padre, que siempre tiene respuestas para esa clase de preguntas y, además, le gusta contestarlas. Pero, antes de decidirte, llegas a otro problema mucho más serio: ¿en la mina de ese lápiz está ya todo lo que dibujará en el futuro? ¿Basta con colocarlo sobre el papel en el momento preciso?

Estás inmerso en tus propios pensamientos, así que el sentido de la frase que llega hasta tus oídos desde la tienda te alcanza con retraso:

El pozo Mariánský está ardiendo.

¿Ardiendo? ¿Qué quiere decir eso?

Necesitamos con urgencia algodón, vendas, yodo, vinagre y, si tiene, también unas esponjas.

Espere, dice padre, espere, por favor. ¿Desde cuándo una roca arde?

La madera, estimado señor. Todo es de madera ahí dentro. El entibado del pozo, los peldaños, la escalera mecánica, el material almacenado. ¿Por qué cree que en las minas trabajan carpinteros? Si le digo la verdad, está ardiendo como el caldero de..., ya sabe.

Mierda, susurras para ti, sólo para sentir esa satisfacción infantil de haber dicho una palabra vulgar. Te gustan las groserías, pero están prohibidas, a veces sueltas una tras otra en secreto y esperas a ver qué pasa; pero ahora no queda tiempo para eso. Das unos pasos hacia la puerta para saber quién ha irrumpido en la tienda. Por la rendija ves a un hombre con el uniforme de los bomberos voluntarios que se limpia el sudor de la frente. Padre camina por la tienda, coloca los objetos en el mostrador y, mientras, sigue preguntando:

¿Es muy serio?

Está toda la cuadrilla de la tarde, dice el bombero casi sin aire mientras se desabrocha un botón de la camisa. Hay más de ochocientos mineros.

¡Ochocientos!

El bombero, impaciente, se retuerce con una mano el vello que le brilla en el escote, y con la otra se apoya en el mostrador:

Algunos están a un kilómetro de profundidad, y por encima tienen una buena fogata...

No quedan vendas, dice padre disculpándose. ¿No tienen por dónde salir?

Hay un lío tremendo, el incendio ha alcanzado varios niveles. Además, en ese pozo se ha quemado la cuerda y la polea de la escalera mecánica.

El padre coloca en el mostrador un paquete de grandes esponjas y exclama:

¡Dios mío!

Falta el vinagre, sin una esponja mojada en vinagre sobre la boca no se puede entrar al pozo.

Espías la conversación tras la puerta entornada y te invade la excitación. Ves la torre de la mina de la que sale humo. Eso es fácil de dibujar, responde más o menos a los movimientos de la mano que se mueve rabiosa sobre el papel, y tú tienes el deseo incontrolable de llenar el cuaderno con nubes enormes de humo, garabatearlo entero y finalmente aplastar la mina blanda entre los dedos. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Le ayudaré a llevarlo, dice padre después de ponerlo todo en una gran cesta.

No se moleste, mejor deje abierta la tienda, hoy no nos vamos a ir a la cama en breve. El bombero después se vuelve desde la puerta: Si pudiera darnos dos botellas de aguardiente de patata para el equipo de rescate... Mándenolas después.

Ya estás de pie junto a tu padre. De verdad que arde como un caldero...

El bombero asiente, y se alivia con gusto al llegar a la calle.

¿Puedo llevárselas, padre?

¿El qué?

Pues las botellas de aguardiente.

Mejor mandamos a Máña, ¿no te parece?

Pero resulta que no hay nadie en casa, y a los cinco minutos corres por la calle Pražská de vuelta. Te vas tropezando con los

adoquines de Hlavní náměstí, donde las chicas juegan al tejo, y te inclinas hacia un lado, como un barco demasiado cargado, porque esas seis botellas de ron, envueltas en la revista Horymír para que no se rompan, son demasiado pesadas para ti. Con las prisas, a tu padre no se le ha ocurrido darte dos bolsas para repartir el peso.

Atraviesas Karlovo náměstí, la calle Prokopská y después, por una carretera entre los campos, te diriges derecho a Březové Hory. Parece que la noticia del incendio se ha extendido tan deprisa como el mismísimo fuego. Por el camino avanza una multitud. Los mineros del turno de la mañana regresan para comprobar qué pasa con sus compañeros, los acompañan mujeres despeinadas, pringadas con el hollín de las cocinas negras, van arrastrando a niños que no les siguen el paso. Cuando te detienes a mitad del camino, para dar un descanso a tu hombro dolorido y cambiarte la bolsa de lado, se abalanza sobre ti un montón de gente, como si el agua se detuviera ante una piedra en el cauce de un río. Miran al horizonte más que al suelo, porque allá, en el cielo, se enciende una señal: junto al humo que todos los días asciende despacio desde la chimenea de la fundición, ahora desde el tejado agujereado de la torre de la mina asciende otro cono, mucho más ancho y denso. Escupe borbotones de humo negro que se extiende por el cielo como una pátina gris.

Así justamente lo dibujarías, pero ahora ya no tienes tiempo de pensar en ello. Te unes a dos compañeros de la escuela, tienen las manos libres, y cada uno recibe una botella. Uno es hijo de un minero, no deja de farfullar que en las minas sólo importa el agua, que puede saltar de las rocas, inundar los túneles, su padre tenía un tío al que se lo llevó el agua como si fuera estiércol de gallina. Y el agua apaga el fuego, repite varias veces, basta con llenar un par de vagonetas, ¿no?; pero luego se le enciende una luz en el cerebro y dice: pero ¿sabéis nadar? Hay que dejar la nariz sobre la superficie del agua, si no le entra a uno dentro...

Mientras se acercan al acotado de las minas, el pasillo del camino ya no basta para albergar a la multitud, la gente se dispersa por los campos pisoteando el cereal que germina. La ola los arrastra hasta el polvoriento patio del pozo Anenský. Todos corren de acá

para allá, enfadados y asustados porque no saben exactamente qué pasa allí abajo; las nubes negras y el aire que huele a quemado no auguran nada bueno. Los mensajeros de las minas, los bomberos, los médicos y los socorristas dan órdenes confusas. Varios pozos vomitan mineros que habían bajado por otros accesos, como si el sistema digestivo de las minas de plata más grandes de toda la monarquía se hubiera vuelto loco. Los intestinos de la tierra se encogen entre calambres y desde las profundidades se oyen llamadas de auxilio. Empieza a quedar claro que la mina se ha convertido en un horno gigante y que el pozo principal es una enorme chimenea.

Bajo la superficie hay más de cuatrocientos kilómetros de pasillos, galerías y túneles entrelazados, es como una ciudad subterránea, un laberinto infernal en el que ni el diablo se orienta, una torre de Babel gigante construida hacia las profundidades de la tierra.

Por la explanada cabalgan unos gendarmes, pero el espeso humo y el gentío asustado espantan a los caballos. Un borracho se pasea entre la gente y toca el acordeón como si todo eso fuera sólo una función de cabaret, hasta que alguien se lo arranca del pecho.

En el pozo Anenský el humo no se ha extendido. El ascensor y las escaleras mecánicas funcionan sin cesar y escupen a los mineros medio envenenados, como si fueran huesos de cereza bien ensalivados. Ante los ojos del gentío se encogen, vomitan, se ahogan... Tienen hollín en la boca, las mucosas inflamadas, y en los pulmones les borbotea el aire con un ruido muy feo. Aunque se han salvado del fuego, han sacado a la superficie sus cuerpos envenenados y la cabeza les va a estallar, están mareados porque tienen la sangre llena de monóxido de carbono, e intentan hacer entrar el oxígeno en ella como pueden. Algunos se quejan en voz alta, otros andan mudos en estado de shock con los ojos desorbitados, otros más hace rato que están inconscientes. Las mujeres juntan las manos, rezan, las palabras les silban y crepitan entre los labios, como si ellas mismas se arrastraran por las piedras ardientes. Los médicos han mandado traer camas de las casas

cercanas en las que tumban y arropan a los quemados e intoxicados bajo el cielo raso, les ponen rápidamente unas vendas mojadas en la cabeza y en el pecho y les riegan el gaznate con coñac para darles fuerza. A aquellos que han perdido el conocimiento en las entrañas de la tierra les hacen la respiración artificial y les dan a oler éter. Las mucosas rojas y la respiración ahogada prueban sin lugar a dudas que en todos los casos se trata de intoxicación aguda por monóxido de carbono.

Eso es, aplaude el hijo del minero cuando se extiende la noticia de que los bomberos están apagando el fuego. Dejen entrar al gato, que saca al ratón enseguida, dice, y se inclina hacia ti y te pide otro trago de ron. Tres vagonetas de agua y se acabaría el fuego, ya te digo.

Sólo que el humo y las fumarolas no dejan de aumentar. La combustión tiene lugar de manera imperfecta; en vez de dejar que la madera arda rápido y deje la roca desnuda el fuego se mezcla con el agua en las oscuras grutas y crea nubes de vapores venenosos, después alguien hace los cálculos: de un litro de agua salen mil litros de vapor. El espeso humo dificulta las labores de rescate, hacen pruebas con teas encendidas, pero la llama aguanta sólo hasta el octavo nivel, después los vapores tóxicos y la falta de oxígeno ahogan su luz.

Y donde el humo ahoga la luz de una llama, ahoga también a un hombre.

Desde las profundidades llegan sin cesar campanadas de aviso, la gente en la superficie las cuenta en voz alta para saber de qué nivel se trata. Cuentas con ellos, a veces hasta treinta. Pero ocurre a menudo que alguien se confunde, o bien alguno, desesperado y medio intoxicado, hace sonar la campana con sus últimas fuerzas allá abajo para pedir ayuda mientras los números le bailan ante los ojos, que ven sólo neblina, o bien la tocan los encargados de las escaleras mecánicas, ya exhaustos, en los que recae toda la responsabilidad en medio del caos.

Bebes un trago de aguardiente y después le das la botella al primer socorrista con el que te topas y le sueltas: mi señor padre,

František Drtikol, el dueño de la tienda de ultramarinos de Václavské náměstí, en Příbram, envía este aguardiente al equipo de rescate.

Grazie, ragazzo, el alcohol tiene efectos milagrosos, farfulla el socorrista echando un trago de la botella. Y, para demostrarlo, se lanza inmediatamente, como si lo hubieran rociado con agua bendita, a por el siguiente minero que ha abandonado el pozo. Ha llegado encogido sobre un carrito de minero, porque las piernas se le doblaban igual que dos juncos. Su cabeza está sumida en un caos tremendo, la explanada le da vueltas y tiene vértigo. Lleva la cara quemada, un ojo rojo y el otro pegado, los labios y las orejas se le han puesto azules. Se agarra el cuerpo con los brazos como si le hubiera dado un calambre y el socorrista tiene problemas para deslizar los dedos entre las manos y el cuerpo para palparle las muñecas.

Su pulso es muy débil e irregular, anuncia, tenemos que darle algo inmediatamente.

Te lo tomas como una orden y te acercas. El minero no sólo tiene agarrotadas las manos contra el pecho, también tiene agarrotadas las mandíbulas. Lleva el uniforme rasgado y por el agujero se le ve una herida de la que mana la sangre carmesí. Alguien le ha atado misteriosamente el delantal de piel alrededor del cuello y se lo ha colocado sobre el pecho desnudo como si fuera un babero. El socorrista saca con cuidado el delantal por el escote, por la parte de abajo está pegado al vello del pecho con sangre, eso debe de doler, pero el hombre no se da cuenta. No queda más remedio que abrirle las mandíbulas, decide el socorrista. Le voy a meter entre los dientes un palo y tú le echas al colete una buena dosis de aguardiente, ¿entiendes? Apunta bien abajo. Cuando le abre a palanca la boca, en la que faltan la mayoría de los dientes, sale un hedor a podrido; el desgraciado también tiene la lengua negra, como si se le estuviera pudriendo.

Al principio el aguardiente resbala por su barbilla y por su cuello; pero después apuntas bien al agujero oscuro en medio de ese rostro que casi no parece humano. El hombre sufre un fuerte calambre y vomita a tus pies. Lo llevan a una cama y desde lejos observas

cómo continúan atendiéndole. Le toman el pulso de nuevo, le limpian la boca con una esponja, el médico se inclina sobre la herida e intenta detener la hemorragia. El hombre de pronto se levanta con brusquedad, después se agacha y de nuevo se pone de pie, el médico lo retiene contra el camastro y después le da unas palmadas, como si estuviera apaciguando a un caballo. A su lado hay otro hombre tumbado al que ya han atendido, tiene vendada la cabeza entera, parece una momia. No puedes evitar mirarlo fijamente. Lo haces sin darte cuenta, y cuando vuestras miradas se cruzan el hombre te hace un gesto con la cabeza. Te acercas, dice algo, después te agarra la mano y te atrae sin miramientos hacia él. Tienes que encontrar a su mujer. La reconocerás... dice respirando con dificultad, está preñada... tiene la barriga... como un bombo, esboza una sonrisa torcida. Se llama Zázvůrková, suspira.

No tienes ni idea de cómo podrías encontrar a nadie en medio de ese caos, y ni siquiera lo intentas. Estás de pie en medio de todo ese ajetreo, como paralizado, nunca antes habías visto nada igual. Lo peor que has visto hasta ahora ha sido el parto de una cabra, o cómo alguien mataba a una gallina, o cómo un gato cazaba a un pájaro y lo destrozaba, o el dedo pulgar deformado del padre de Hynek. Miras a tu alrededor como si estuvieras hechizado. Después tendrás que pensar en todo detenidamente; de todas formas, recordarás más por la noche en la cama, cuando el pensamiento se agite sobre una cuerda fina, como una cometa al viento; y, al igual que a la cometa, podrás enviarle cartas con preguntas para las que no tiene respuesta ni tu padre.

Entonces la divisas. Es algo más vieja de lo que esperarías para ser la mujer de ese hombre, pero tal vez el gesto duro y el encorvamiento del cuerpo le añadan años. En cualquier caso, carga con una gran barriga, como si estuviera a punto de parir en cualquier momento; lleva al niño dentro como si fuera un contrapeso atraído por la tierra. No tiene pechos y parece estar reseca, como si toda su agua la hubiera pasado al feto y ella sólo fuera un envoltorio reseco, una membrana, un recubrimiento. Tiene la cara arrugada como una pasa y los ojos hundidos.

Tardas un rato en llamar su atención. Está buscando a su marido, mira a todas partes. Estimada... ¿señora Zázvůrková? Le tirarías de la camisa negra, pero no te apetece tocarla. ¿Zázvůrková has dicho?, por fin te ha visto. ¿Me está buscando alguien, chico?

Su señor marido.

Ah, mi marido... apoya las manos en la barriga y cierra los ojos por un instante.

Señalas en dirección al hospital de campaña...

Es verdad, voy para allá ahora mismo. Se encorva aún más, hasta parece que está hecha de dos arcos, por delante su enorme barriga, por detrás su gran joroba. Desde lejos ves cómo se acerca al camastro del hombre, que entretanto se ha quedado dormido, y le toma una mano entre las suyas. Le besa la frente, coloca su otra mano sobre su tripa y le susurra algo.

Zázvůrek, le susurra, ya estoy aquí, soy tu mujer...

Hacia el final de la tarde sacan a otros muertos de la tierra, como en una rifa. La gente se arremolina en torno a ellos igual que si fueran limaduras de hierro en torno a una barra magnetizada. No hay nada que atraiga tanto como la muerte, realmente ese misterio tremendo y fascinante, ni siquiera tú te pierdes el espectáculo. Te abres paso entre los adultos, también quieres ver por fin un muerto, porque ni tu exuberante mente infantil es suficiente para imaginarlo.

Ahora tienes la oportunidad: el primer muerto es Václav Sladký, de un pueblo cercano. Lo han sacado del nivel 8, del octavo círculo del infierno en el pozo Vojtěch; tenía veintinueve años, lo identifica su mujer, que se habría arrojado a las profundidades poco después si los bomberos, que estaban alertas, no se lo hubieran impedido.

El segundo muerto es el cantero Václav Krotký, de veintisiete años, como si la conjunción de sus nombres, Sladký, que quiere decir dulce, y Krotký, manso, quisiera dar a entender que los primeros en caer son los inocentes. El tercer muerto que sacan es Antonín Pešek, que un día antes había celebrado su quincuagésimo aniversario, y a pesar de todo se había negado a cambiar el turno de la mañana por el de la tarde; la muerte lo encontró en el nivel 27 del pozo Anna, a unos ochocientos treinta metros bajo tierra y a



unos trescientos metros bajo el nivel del mar. Antonín Pešek falleció mientras trataba de salvar al cuarto y al quinto muertos: los canteros Jan Renner y Jakub Kalík. Augustin Míka, de treinta y ocho años y padre de tres hijos, es el sexto muerto, vivía ahí, en Březové Hory; así que alrededor de su cuerpo inerte se arremolina el doble de plañideros, que al principio se niegan a llevar su cuerpo a la morgue, habilitada rápidamente en la antesala del pozo Vojtěch. El séptimo muerto es el corredor Jan Vítek, la única víctima del pueblo Malá Pečice. Y finalmente el último muerto de ese primer día es el joven acarreador František Havelka, su identidad es confirmada por su lacrimoso padre con grandes dificultades.

Por la mañana te despiertas inusualmente tarde. Te asustas por haberte quedado dormido y no haber ido a la escuela. Aunque en ese caso la culpa sería de tu hermana Ema, porque es ella la que tiene en su lista de tareas el zarandearte bien zarandeado hasta que no te sientes en la cama y digas: Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo. Sueles farfullarlo con los ojos aún pegados, para poder tener un par de minutos más para despertarte, y apareces en la cocina sólo cuando te llega el tintineo de las cucharas. Pero hoy no ha habido ningún zarandeo. Con la vista compruebas que Ema duerme con tranquilidad en la cama de enfrente, con los rizos sobre la mano; y Máňa la hermana mayor, está junto a ella. Se han cancelado las clases en todas las escuelas por decreto general del burgomaestre.

Abres la puerta de la sala, tus padres están sentados a la mesa y desayunan. No es posible que... En cuanto te ve, tu padre deja el resto de la frase en el aire.

Vete a despertar a Máňa hoy sustituirá a tu padre en la tienda, dice tu madre. Tiene los ojos azules enrojecidos.

Nosotros vamos a Březové Hory, a ver si no te lo has imaginado todo, le guiña un ojo su padre. Ayer, te dio un coscorrón por no haber vuelto a casa enseguida, es cierto; pero fue más bien como

por obligación. Tú puedes seguir dibujando, continúa el padre, ya que no tienes clase. Toma, ayer te dejaste algo en la tienda.

Extiendes la mano hacia el lapicero, pero a mitad de camino la retiras: Papá, este lapicero no es el que me diste.

¿No? ¿Cómo es posible?

Al mío le saqué punta, dices señalando la punta roma. Y a la vez te acuerdas de la pregunta que se te había pasado por la cabeza antes de que el bombero llamara tu atención. Papá, ¿en la mina del lapicero está ya todo lo que se va a dibujar con él?

František Drtíkol padre mira divertido a su mujer Marie; ya están acostumbrados a este tipo de preguntas. Era una de las razones por las que tras dos hijas deseaba fervientemente tener un hijo. Las hijas para él significaban más que nada preocupaciones, la educación se la dejaba sobre todo a su mujer, debían aprender de ella qué hacer en la cocina, cómo llevar la administración de la casa, lavar, coser y demás, resumiendo, instruirse para lo que tenían que hacer en la vida; pero, aunque eso saliera bien, también significaban una carga, dos hijas también eran dos dotes. Menos mal que, al menos, vinieron antes al mundo y te pudieron hacer de niñeras, sí, a ti, en el que había puesto mucha más esperanza. Daba por sentado que, al terminar la escuela primaria, irías a un liceo. Él mismo no tenía estudios superiores y se había hecho pasante, pero los libros le habían enseñado otros mundos y también la belleza del pensamiento. Por eso lo inquietaban tus fallos esporádicos de concentración y las quejas de los maestros, que alegaban que eras un experto en papar moscas.

El lapicero está romo, explica, porque ayer estuve escribiendo con él todo lo que tenía que encargar hoy. Y todo lo que la dirección de la mina tendría que abonarme. Después, levantando el índice, agrega: Y respecto a tu pregunta, no hay una respuesta sencilla.

Asientes, tampoco esperabas otra cosa, y alargas la mano hacia una rebanada de pan.

Échate un poco de mermelada, murmulla tu madre poniendo el tarro delante de tus narices.

Tú sabes que todo el mundo tiene el alma que le ha dado Dios, dice tu padre. Y algunas personas afirman que en el alma del hombre está guardado todo lo importante que se va a encontrar después en la vida. Está ahí incluso antes de que suceda, ¿entiendes? Y me parece que tu pregunta implica algo similar. Me preguntas si en la mina del lapicero está antes lo que se dibujará con ella. Es parecido, ¿no?

Te encoges de hombros.

Sí, lo es. A tu padre le entristece que no estés de acuerdo con él. Y por eso la respuesta a tu pregunta es tan difícil, porque en realidad es una pregunta teológica, se frota las manos, satisfecho de su análisis. Teológico quiere decir que tiene que ver con la religión, precisa. Bueno, ¿y cómo la responderías tú?

Te quedas pensando con la rebanada a medio camino hacia tu boca. Primero he pensado que sí. Me parecía que bastaba acercar la punta al papel, y verter todo en él. Pero no sabía, reconoces, que con ese lápiz escribías los encargos.

¡Pues eso es justamente!, exclama con gozo. Y ahora te pregunto: ¿Qué crees? ¿Sabía alguien ayer por la mañana que en un par de horas iba a declararse un incendio en el pozo Mariánský? ¿Tuvo alguien, al menos, un presentimiento borroso?

Liba Krotká me contó que durante todo el día le habían estado hormigueando los huesos, a pesar de que hacía un sol espléndido, se inmiscuye tu madre.

Sí, claro, Liba Krotká, dice el padre con una mueca. Justo porque entendemos tan poco el mundo, nos inventamos tantos agüeros y supersticiones. Pero si quieres saber mi opinión, y no supercherías de viejas, no conocemos nada de antemano. Nada de nada, repite. Las líneas del libro del mundo están vacías, no hay nada en las páginas que aún no hemos leído.

Tu madre entiende que se ha acabado la sesión matinal de ejercicios mentales y comienza a recoger la mesa. Muchas veces se ha preguntado por qué será que a su marido le entran las preocupaciones filosóficas sobre todo a la hora del desayuno, solía achacárselo a la cercanía de los sueños, que aún no se habían

desvanecido... Después se da cuenta de que nadie ha despertado todavía a Máña y da una palmada: ¡Con tanta palabrería a una casi se le olvida hasta respirar!

Pides que te lleven con ellos. Cuando llegáis a Březové Hory parece que parte de la gente ha pasado la noche en la explanada. Aún hay unos cuantos pañuelos tirados por el suelo, esos que las mujeres habían extendido para tumbarse sobre ellos, pero después se habían marchado, no se sabía adónde, dejándolos allí. En uno de ellos hay marcada una pisada; en otro, sangre seca. Un hombre duerme en una camilla para heridos, otros están sentados en los bordes sin aparente interés por lo que ocurre a su alrededor; tal vez tras la larga noche se haya apoderado de ellos el cansancio, o tal vez ya se hayan enterado de a quién han perdido. Descubrís también a unas cuantas mujeres que deambulan entre los escombros como sonámbulas, como si pudieran encontrar a sus hombres entre la maleza o entre la ganga amontonada.

No se consiguió apagar el fuego antes de que anoheciera, pero durante la noche el humo se ha disipado, así que por la mañana los cuerpos de rescate se han dirigido a las galerías. En la carretera os habéis cruzado con unas mujeres que han llorado ya todo lo que podían llorar y en vez de ojos tienen una especie de oscuros orificios repletos de espanto. Y de pronto os habéis enterado de por qué: mientras que ayer el número de rescatados superaba con mucho al de los ocho o nueve muertos, durante la noche esa relación se ha invertido fatídicamente. El subsuelo se ha convertido en una casa de los horrores, de la que, desde la mañana, han estado sacando cuerpos polvorientos y enhollinados en posiciones insólitas.

Tu madre te cubre los ojos como puede en la explanada, pero no por mucho tiempo.

Que lo vea, sugiere el padre con desolación, aquí hay más verdad que...

Los cadáveres están deformados hasta el espanto. En los cráneos abiertos se ha secado la sangre, las caras se han transformado en coágulos informes, los cuerpos son sólo jirones.

Y ahí estás, de pie, entre tus padres, un niño de nueve años, y los tres juntos observáis ese panóptico que se abre ante vuestros ojos. Uno arrodillado de forma antinatural, con la ropa quemada pegada al cuerpo. Otro con la boca llena de tierra y arena y la cara tan arañada que lo identifican por el reloj de bolsillo, en el que se ha detenido el tiempo trece minutos después de la medianoche. Un cuerpo achicharrado es identificado por una mujer que reconoce el anillo de boda, ya que lleva uno igual, antes de desmayarse. Otros dos cuerpos desnudos, quemados en un abrazo, también ven la luz del día, por el tamaño se cree que son los hermanos František y Václav Melichar; pero a éstos los encuentra el equipo de rescate después en otra parte; entonces eran dos hombres que no se conocían los que, en el momento de la muerte, se abrazaron y se asaron así. A otro lo sacaron con las manos piadosamente juntas, como si en el momento de la muerte se hubiera acordado de la frase de la Biblia *Beati mortui, qui in Domino moriuntur*. La cara de otro es la máscara aterradora de la muerte, el cabello y las cejas quemados, los ojos desorbitados y los labios mordidos por el horror.

Se extienden rumores de los espantos encontrados en el subsuelo, allá los muertos más afortunados se juntan en una esquina de la roca, o descansan junto a una pared, como si se hubieran quedado dormidos, y los menos afortunados cuelgan del entibado de las galerías como ahorcados o se han hecho trizas contra el suelo por la larga caída. Mientras tus padres siguen paseando por el acotado de las minas, tú dibujas. Estás contento porque por fin puedes probar tu lápiz Koh-i-noor de color blanco con goma. Te subes a un montículo desde el que tienes un panorama general del escenario y apoyas la dura hoja de papel en tus rodillas.

Te gusta mirarlo todo desde arriba. Despierta en ti una especie de tranquilidad lejana, como contrapeso a ese borboteo caótico de lamentos de ahí abajo. Con el paso del tiempo acude más y más gente a la explanada; así que a las nueve está tan llena como el día anterior por la tarde. Desde ahí parece un hormiguero, pero no de individuos desplazándose, sino de un movimiento puro, un hervidero integral. Si deseas observar a alguien concreto tienes que

concentrar tu atención en él, en esa chica que se entremezcla en el gentío sin propósito, a veces se para junto a alguien durante un instante, gesticula en silencio y continúa; parece como si, con sus pasos cortos y la falda recogida, bordara la explanada del pozo Anenský con un dibujo invisible, una especie de flor roja gigantesca. O la estación del equipo de salvamento: se dan palmaditas en el hombro, cogen fuerzas a base de tocino, café solo y aguardiente. Se humedecen la ropa y las esponjas en un cubo con vinagre y desaparecen en las entrañas de la torre de extracción.

Decides dibujar, precisamente, esa torre de ladrillo rojo; sin embargo, justo cuando estás esbozando la silueta de la construcción, en el túmulo, a tu lado, se tumba un hombre. Durante unos segundos sólo mira al cielo, después se sienta, mira el dibujo por encima de tu hombro, después la torre de verdad, de nuevo por encima de tu hombro, y se presenta como Augustin Žlutický, carpintero de las minas e instructor de bomberos voluntarios en Březové Hory, y también miembro de la asociación de teatro amateur.

El techo se te está hundiendo aquí, dice dándote una palmadita en el hombro. Pero, por lo demás, ¡veo talento! ¿Con quién tengo el honor de hablar?

Al momento no entiendes que te está preguntando tu nombre, pero después dices: František Drtikol.

Augustin inclina de nuevo la cabeza y mira hacia delante de modo ausente. ¿Te gusta dibujar?

Asientes.

No hablas mucho, dice sonriendo. Pero me voy a atrever a preguntarte otra cosa: ¿Me darás después ese dibujo?

Miras dubitativo esas pocas líneas sobre el papel blanco, pero es como si te leyera el pensamiento: No te preocupes, no tiene que estar perfecto. Mira, continúa en voz baja, ayer intenté salvar a mi mejor amigo, pero no pudo ser... Me gustaría tener un recuerdo de estos días.

Parece que es una petición seria que no deberías rechazar. Augustin te parece simpático, asientes dudoso y él escribe en el papel la dirección a la que le tienes que llevar el dibujo.

Después os quedáis sentados un rato el uno junto al otro en el túmulo, como dos amigos de excursión. Te parece agradable y al final te atreves: ¿Le puedo preguntar yo también algo?

¿Y eso es ya la pregunta?

¿Qué?

Perdona, no quería confundirte, dice, pregunta.

¿Está en el lápiz ya todo lo que se va a dibujar con él?

Mmm... curiosa pregunta, dice Augustin, y se frota el mentón. ¿En la mina del lapicero? ¿En el alma de tu lapicero?

Se lo enseñas.

Te voy a decir algo: como mejor aprende uno sobre las cosas es cuando mira con sus propios ojos. Te coge el lapicero, se lo acerca al ojo como si fuera un caleidoscopio y empieza a darle vueltas despacio. Mientras, hace distintos ruidos roncacos, suspira, exclama con asombro y sorpresa: vaya, ooh, qué bueno, dios mío, mi madre, cielos. Está claro que no puede esconder al actor aficionado que lleva dentro. Cuando, después de un minuto, te devuelve el lapicero blanco, se frota los ojos y te informa: Acabo de volver de un viaje a otro mundo.

No sabes si creerle. ¿Y qué ha visto?

¡Eso no te lo puedo decir! Muchas cosas.

¿El qué?

He visto a tu mujer, dice Augustin. Y te admiro, será flexible como un junco... Y celebraréis una boda célebre, a la que asistirá mucha gente importante...

Eso no te interesa en absoluto. ¿Ha visto algún dibujo?, preguntas impaciente.

¿Dibujos? ¡Cuadros, amigo!, exagera Augustin. Con todos los colores. Y el que más me ha gustado era como un arcoíris hecho un ovillo. Pero ya no te digo más, mira, me cierro la boca con un

candado, y después ya se queda con los labios pegados hasta que desaparece.

Permanece aún un momento calentándose al sol del mediodía y después se esfuma, no sabes ni cómo.

Te acercas el lápiz al ojo, casi te lo pinchas con él, y empiezas a girarlo, primero despacio y después más deprisa, pero no ves nada.

Antes del mediodía observas ahí abajo un nuevo ajetreo, la gente echa a andar hacia un mismo sitio y ha rodeado como un enjambre lo que sea que esté en su centro. Recoges tus cosas y echas a correr hacia abajo.

Tras varias horas sacando muertos, por fin aparecen unos supervivientes. El picador de piedra Jan Soukup solloza de rodillas sobre el suelo, pero parece que está en sus cabales. La gente lo abraza y lo acribilla a preguntas, pero el bigotudo Soukup no consigue articular una frase y sólo es capaz de hacer gestos para que lo dejen en paz. Los socorristas lo llevan a una camilla bajo la sombra de un árbol donde le prodigan los cuidados de rutina, entre los cuales el trago de aguardiente es el más agradable. La gente se da cuenta de que Soukup habla con sus cuidadores y de nuevo se arremolina en torno a él. El pobre minero comprende que no puede huir, se apoya en el cabecero de su camastro, mira a su alrededor y relata:

No sé si queda alguien con vida, no lo sé. Yo creía que había fuego sólo en mi nivel. No me imaginaba... Con la mano débil hace un gesto amplio y se echa a llorar otra vez.

Alguien le invita a que explique lo que ha vivido allí abajo.

Soukup clava los ojos en su regazo. Ayer al mediodía bajé al nivel 22. Fui con Jan Dupač por la galería, después por la chimenea y las escaleras hasta nuestra cueva. Hacía mucho calor, y poca luz, ardía, el aire corría sólo por la galería principal, mientras que en nuestra chimenea ni se movía. La roca era fácil, así que cortamos, porque así se aguanta más que taladrando. Y de pronto nos pareció raro que no se oyera a través de la piedra ningún ruido de martillos ni taladradoras. Había un silencio terrible. Nos vestimos, Dupač bajó por tres escalerillas y yo detrás. En el andamio más inferior vimos



humo, como a medio metro del suelo, pensamos que era de quemar la piedra y subimos otra vez, a esperar. Al rato Dupač fue a mirar otra vez a ver si había desaparecido, volvió al poco, pero la lámpara ya no ardía y dijo que por la galería se había tropezado con algo blando. Fuimos juntos a investigar; pero él ya estaba muy confundido, se sentó abajo, en el primer andamio, y de pronto se derrumbó. Bajé hasta donde se encontraba él y lo senté bien para que no se cayera por el agujero, pero ya no pude subirlo de nuevo.

Por un momento parece que se va a echar a llorar de nuevo; pero al final sólo se sorbe los mocos unas cuantas veces. A mí también me dolía la cabeza como si fuera a estallar, continúa. Eran las ocho y media y ya me daba que iba a pasar la noche en esa chimenea. En el yacimiento extendí el mineral, coloqué dos maderos y un tercero atravesado, e intenté rezar incluso con el dolor de cabeza que me atormentaba. A ratos perdía el conocimiento y a ratos rezaba. Cuando miré otra vez la hora, era la una de la madrugada, y después la miraba cada cuarto de hora. Por la mañana, sobre las cinco, aún tenía la esperanza de que los mineros del turno de la mañana ya estuvieran abajo con las vagonetas. Me quedaba sólo el final de la mecha, el humo se había acercado tanto a mi cueva por la noche que casi podía tocarlo. Tuve que andar un trecho, primero por las escaleras, después por un pasillo y por la galería hasta la chimenea, me puse el pañuelo que tenía en torno al cuello sobre la cara, para no tragar tantos gases. Y el resto de la vela en la gorra. Me arrastré por las vías, en la galería me tropecé con dos muertos, creo, estaba oscuro y apestaba.

En la explanada de las vagonetas no había nadie, así que empecé a sacudir la cuerda de la campana, entonces ya notaba que me estaba mareando e intenté contar. Después me senté en el mineral, me puse a rezar y esperé lo peor. Pero al final se me aparecieron los ángeles, se me aparecieron, y no sé ni cómo, y salí hasta el nivel 8. Allí estaba el supervisor de la galería, que me contó lo que había pasado. Buscó una jaula y me metió allí junto a otros dos, para que no nos cayéramos. Y así subí a ver la luz del día.

Gracias a Dios, dice un minero.

Gracias a Dios, corean otros.

Gracias a Dios, musitas tú también, entre los demás.

Durante unos cuantos días la ciudad olía a vela quemada, pero después los olores de la cal clorada y el ácido carbólico fueron alternándose con el del humo. El hedor de la muerte se mezclaba con el del miedo a las epidemias. La esperanza de que el laberinto minero aún guardara a alguien con vida fue desapareciendo despacio y los trabajos de rescate se convirtieron en una desagradable tarea de limpieza. El 2 de junio a la una de la tarde se dejaron oír desde el pozo František las últimas campanadas, veintiocho tañidos, tal vez veintiocho tañidos, porque algunos fueron tan débiles que se extinguieron dentro del corazón de la tierra. La gente se arrodilló y se puso a rezar. Cuando cuatro hombres elegidos bajaron después a novecientos metros de profundidad, en la explanada de las vagonetas ya no había nadie, y en la galería adyacente encontraron sólo el cadáver del engastador Eduard Květina.

La campana que anunciaba las muertes no dejaba de sonar y en la mayoría de las casas ondeaba una bandera negra.

Por la noche el número de muertos ascendió a ciento once.

Los carpinteros de los alrededores sólo fabricaban ataúdes.

Se ha organizado un funeral común, el primero de muchos. En el cementerio de Přeborn no cabe nadie, la junta directiva, las asociaciones, mineros y funcionarios con sus uniformes de gala, cientos de personas han venido a dar el último adiós a los mineros, que son devueltos a las entrañas de la tierra un poco después de que los sacaran de ellas. Los veteranos y los tiradores de salvos intentan mantener el orden, pero los ataúdes se balancean con el gentío en su procesión.

Estás de pie entre Ema y Máña pero así sólo alcanzas a ver los faldones de alguien que está delante. Le pides a tu padre que te suba a sus hombros, como cuando eras pequeño, y desde la

atalaya de detrás de su cuello tienes unas magníficas vistas. Debajo se extiende un campo ondeante de gente, cabeza sobre cabeza, una cosecha entera de vestidos, sombreros y gorras quitados de repente. Todos tienen su atención puesta delante, donde los ataúdes se amontonan junto a un gran hoyo rodeado de coronas. De pronto recuerdas que no sabes qué ha pasado con el hijo del minero, y comienzas a peinar con la vista las filas de los lados, reservadas a los parientes cercanos. Realmente está allí, como si ese desgraciado pensamiento lo hubiera llamado por encanto, está al lado de su hermana y la mano de su madre le masajea el hombro.

Un poco más allá descubres a Hynek Klukan. Casi le rompes el cuello a tu padre al moverte. Desde que suspendieron las clases no lo habías visto y ahora ves a Hynek con su madre en las filas de los afectados. Sólo puede significar que el padre de Hynek también ha muerto. Te imaginas ahora ese *štufnverk* sin acabar, que se queda en la balda como un pequeño túmulo, y le acaricias a tu padre la cabeza deseando que no se muera. Con un sobresalto te percatas de que en la coronilla le clarea el pelo y le abrazas la cabeza, enlazas las manos sobre su frente y tapas su cabeza con tu pecho.

Los lamentos aumentan en intensidad cuando depositan el primer ataúd en la tierra, y tras él, durante tres cuartos de hora, le siguen más y más, cada uno con una simple cruz y el nombre. La banda de los mineros toca una triste marcha, las trompetas se quejan y el sonido de los tambores espanta a los pájaros del cementerio, no acostumbrados a semejante concierto. El ministro de Agricultura, el conde Falkenhayn, que, al igual que el diputado del imperio Tomás Masaryk, ha venido de Viena para evaluar con sus propios ojos el alcance de los daños, rocía el ataúd con agua bendita y echa unos cuantos puñados de tierra. Después, junto al hoyo, se forma una fila tan larga que, cuando la última persona coge un puñado para espolvorear simbólicamente la tapa del ataúd, el hoyo ya está lleno hasta la mitad.

Ahora no sabes de qué modo comportarte con Hynek. Piensas sin cesar en su padre y tampoco puedes quitarte de la cabeza cómo echasteis al fuego aquellas figurillas de mineros que os salieron mal.

Antes de dormir has pensado en ello y ahora lo ves todo claro. Os comportasteis a la ligera. No te imaginas a Dios actuando de ese modo así al comienzo del mundo: el sexto día modeló al hombre del barro, y como algún pequeño detalle no le acabó de convencer, lo destruyó. Bueno, qué más da, arcilla hay mucha. Tienes claro que vosotros obrasteis de ese modo, con ese ánimo. El padre de Hynek echó los muñecos al fuego como un creador malvado, y por eso él mismo tenía que morir. Lo alcanzó la misma cruel muerte que había alcanzado a su creación: la muerte entre las llamas, la que está reservada a los peores pecadores. Tú puedes apuntarte un tanto positivo, al menos salvaste una figurilla, Adán, y ahora lo llevas siempre contigo y lo cuidas bien. Pero ¿podrías haber salvado a todos?

¡Estoy esperando una respuesta, Drtikol!

Podría, señor.

¿Perdón?

El maestro se inclina sobre ti más preocupado que enfadado, la vara está en su sitio. Te lo preguntaré de nuevo, Drtikol, ¿cuántas son nueve por nueve menos tres por tres?

Sudas y calculas, pero no das con la respuesta correcta.

Ven a escribirlo en la pizarra, ordena.

Nueve por nueve es igual a ochenta y uno, menos tres por tres, que es igual a nueve, ochenta y uno menos nueve son setenta y dos.

Estupendo, mascula el maestro, ve a sentarte. Está claro que no te has enterado de que Weber ha resuelto la misma operación hace un momento. Y ahora te pregunto a ti, Horký, ¿cuántas son nueve por nueve menos tres por tres?

Josef Horký mira confundido al maestro, ¿setenta y dos?

Pero no estás del todo seguro, ¿verdad? Mejor ven a calcularlo. Pero borra la pizarra antes, que está llena de cosas.

Horký lo calcula despacio, escribe en la pizarra y llega al mismo resultado.

Y ahora tú, ¡Müller!

La clase se tensa.

Pensarán que me he vuelto loco, dice el maestro después de que nueve o diez alumnos hayan pasado por la pizarra. Todavía no, todavía no. Quiero demostrarles por escrito que algunas cosas están dadas de antemano, son seguras. Siempre y cuando se utilice el método correcto, cada uno acabará llegando al mismo resultado. Éste no depende para nada de quién realice los cálculos. Aquí se halla la belleza de la aritmética, muchachos.

Y así, sólo por gusto, llama a la pizarra también a Kovář.

Después continúa: Y no se trata sólo de la aritmética. Las matemáticas son en verdad el escaparate del orden divino en la naturaleza. No se avergüencen de entrar hasta el fondo de su alma. Aunque es posible que en ella reine la aflicción, como ocurre estos días en muchos de nosotros, tal vez les consuele saber que también en el alma humana encontrarán algunas cosas seguras. No duden de que a un hombre honorable y piadoso Dios le parece igual de seguro que tres por tres son nueve. Eso también está dado de antemano, tan sólo depende del método y del conocimiento de las leyes. Por eso, cumplan los Diez Mandamientos y ¡obedezcan a sus padres!

El primer día de escuela tras la catástrofe todos los maestros son amables. Entre los alumnos hay muchos hijos de familias mineras y nadie sabe muy bien quién ha perdido a alguien. Hasta en la clase andáis de puntillas, no os atrevéis a preguntar a los demás. Pero cuando acaba la clase tienes la sensación de que ya no puedes evitar más a Hynek. Salís juntos de la escuela primaria masculina que se encuentra en la parte norte de Hlavní náměstí, pero no la atravesáis, como siempre, sino que os dirigís hacia Arnoštovy sady, hacia la Academia Imperial de Minería.

Hace buen tiempo, casi de verano, el sol quema en la piel. Hynek calla y tú no sabes qué decir. Os demoráis en el parque, a dos metros de vosotros dos ardillas rojas suben por el tronco de un castaño y se pierden entre el verde claro de las hojas. El aire es limpio, desde el Monte Santo se debe de ver a varios kilómetros, Hynek se acerca a un árbol y apoya la espalda en el tronco. Estás frente a él y sonríes algo turbado. Quieres a Hynek, en realidad es el único buen amigo que tienes. No se ríe de tus ensoñaciones y no le molesta que seas tan reservado.

Esperáis que pase algo, pero no pasa nada, así que al rato seguís andando. Hynek coge piedras del suelo y a veces acierta a los troncos de los árboles.

¿Qué te gustaría hacer hoy?, preguntas.

¿Qué vamos a hacer ahora?

¿Quiénes?

Se encoge de hombros y se arrastra hasta la hierba. Nos quedamos aquí, dice.

Tira al suelo la bolsa de la escuela, llena de libros y cuadernos, y se la pone debajo de la cabeza. Tú haces lo mismo, y así, uno junto al otro, os quedáis tumbados de espaldas, contemplando ese abismo azul que se abre sobre vuestras cabezas.

¿Tenéis parientes?

En Benešov. Mi madre dice que tendremos que alquilar una o dos camas.

¿Van a vivir extraños con vosotros?

Es de lo más normal, dice Hynek. Algún aprendiz de minero que no pueda pagarse una habitación entera nos alquilará una cama. O puede que nos mudemos a casa de alguna otra familia minera que también... Bueno, ya sabes.

¿Y tu padrino?, se te ocurre de pronto. ¿Quién es tu padrino?

De nuevo se encoge de hombros. Creo que alguien rico, pero se mudó a otro lugar. Mi madre va a escribirle.

Muy alto, por encima de vosotros, vuelan unas golondrinas; son unos pequeños puntos móviles en el cielo, como las cotas

agrupadas de algún mapa.

Cuando, al cabo de unos minutos, te vuelves hacia Hynek, te percatas de que duerme. Tiene los labios entreabiertos y las pestañas negras y largas se le mueven imperceptiblemente. Una gran marca de nacimiento adorna su mejilla derecha; dentro de unos años le molestará al afeitarse, pero todavía tiene la cara de niño, pálida y suave. Es un chico un poco enfermizo, enseguida se pone malo; tal vez sea eso lo que os une, ninguno de los dos estáis anclados con demasiada firmeza a este mundo.

Te aprovechas de que duerme y lo observas con atención. Sólo que la cara de un durmiente revela bien poco.

Una vez oíste que, durante el sueño, todos somos iguales: el emperador duerme igual que el más pobre de sus súbditos. Se te ocurre que, si ahora te quedaras dormido, no habría forma de saber a cuál de los dos se le ha muerto el padre.

Te tumbas otra vez de espaldas y cierras los ojos. Pero antes de que puedas sumergirte en tus enigmas, se acerca a vosotros un grupo de compañeros.

Venga, vamos a bañarnos. ¿Qué?

Te acercas el índice a los labios y con los ojos señalas a Hynek.

Pues lo despertamos. ¡A despertarlo!

¿Se la bajas a tu padre a la tienda? Pregunta tu madre mientras te da un tazón de sopa. Y llévale también pan, la sopa sola lo dejaría con hambre.

Tu padre está leyendo un número especial de *Horymír* dedicado a la catástrofe. La redacción del semanario informativo y de entretenimiento deja ver un apetito realmente estadístico: Se utilizaron 12.226 kilos de ácido carbólico por valor de 727 florines y 53 kreuzer. 1.126 kilos de cal clorada, 225 florines y 20 kreuzer. 144 litros de vinagre, 15 florines y 70 kreuzer. 1.116 botellas de aguardiente de patata, 290 florines y 84 kreuzer. El padre mira su cuaderno para asegurarse de cuánto salió de sus existencias. Con

un cálculo rápido se da cuenta de que en otros sitios deben de vender las botellas de aguardiente a más de los 17 kreuzer que cobra él; si no, los números de *Horymir* no cuadran. Tal vez esos precios demasiado populares sean la causa de su mediocre éxito económico.

Otra parte de la estadística se refiere a las víctimas. Las más de trescientas vidas humanas constituyen la mayor catástrofe minera de la historia, ninguna otra desgracia en ninguno de los pozos de ninguna otra parte del mundo se ha cobrado precio tan cruel como aquí, recalca *Horymír*, como si algo así pudiera ser objeto de orgullo nacional. ¡Y no se refiere sólo a los muertos! Además, están los familiares: 289 viudas, unos 1.000 huérfanos y, al menos, 25 hijos póstumos. ¡Unas cifras terribles!

Estás allí plantado, con la cacerola en la mano, hasta que te atreves a intervenir: Mamá me ha dicho que le diga que se coma la sopa mientras esté aún caliente.

¿Una sopa de ortiga? ¿Eso es comestible?

Te encoges de hombros, con eso no estropeas nada.

¿Qué tal te va en la escuela?, te pregunta entre cucharadas.

Hemos repetido un montón de veces el mismo ejercicio de cálculo, le dices.

¿Por qué?

Para que nos demos cuenta de que siempre se obtiene el mismo resultado.

Hmmm... cierto... No le encuentra mucho sentido, pero siente respeto por la escuela y no quiere dudar de los caprichos pedagógicos de los maestros.

Papá..., dices al rato, ¿qué es un hijo póstumo?

Es un hijo al que se le muere su padre antes de nacer, deja la cuchara a medio camino hacia la boca y te mira. Por el carácter de estas cosas tiene que ser el padre, la madre puede morir en el parto, pero si muriera antes, moriría también el niño, así que ya no podría ser póstumo.

Durante un rato intentas entenderlo, después dices: Así que ¿yo no puedo ser un hijo póstumo?



No, no tienes nada que temer.

Y... ¿huérfano?

Huérfano puede ser cualquiera. Casi todo el mundo lo será algún día.

Eso te asusta. ¿Cómo es eso?

Porque casi todo el mundo sobrevive a sus padres. Pero por otro lado para entonces suelen tener ya a sus propios hijos, así que las cosas se viven de otro modo... ¿Te preocupa?

No estás seguro, sólo te interesa, ya que escriben sobre ello en Horymír. Aún piensas un poco más en ello, mientras tu padre se acaba la sopa, y después dices: ¿Puedo ir a Březové Hory?

¿Ya has terminado los deberes?

Quiero ir por lo del dibujo.

Claro, deberías llevarlo, es verdad. Pero te he preguntado si ya tienes terminados los deberes.

De deberes nos han mandado recoger hojas, así que de todas formas tengo que salir.

Tu padre asiente. Pero antes, ya que la has traído, devuélvele la cacerola a tu madre. Y aprovechando que vas, puedes decirle que las ortigas son para las infusiones, no para las sopas.

Te quieres ir ya; pero aún te hace un guiño: No temas, yo no me voy a morir enseguida, y mamá tampoco. Nos queremos todos demasiado para morirnos... Te mira para darte ánimos, pero te quedas ensimismado, mirándolo durante tanto rato que al final todo se vuelve un poco raro y tu padre baja los ojos hacia su cuaderno de cuentas.

Sin moverte del sitio, dices: Entonces, las familias de los mineros... ¿no se querían?

De nuevo levanta la vista, deja el lápiz en la mesa, desconcertado.

¿El padre de Hynek no quería a Hynek?, ¿por eso se murió?

Seguro que sí, claro que le quería, responde su padre sintiéndose un poco culpable. Hala, vete, vuelve a casa antes de que se haga de noche, dice balanceando la cabeza.

Te encaminas a Březové Hory por la carretera, por el mismo camino por el que fuiste el día de la catástrofe. Te gustaría tener algún amigo de más edad, como Augustin. Sólo su nombre te provoca sensaciones agradables que durante el camino se transforman en una especie de avalancha de luz. Žlutický, Augustin Žlutický, Žlutický, te repites sin cesar para ahondar más esa sensación tan agradable y ahuyentar a esos mil huérfanos y veinticinco hijos póstumos, ese ejército sufriente que hace un momento ha traspasado las defensas de tu cabeza. En unos minutos te sientes mejor, das saltos, te inclinas sobre los botones amarillos de las manzanillas, arrancas una y la aplastas entre los dedos: huele fuerte y huele a amarillo, como si todo alrededor fuera amarillo, aunque en realidad esa sensación no tiene nada que ver con los colores.

Hořejší náměstí, número 7, pone en la parte de atrás del dibujo. Encuentras el 1, el 3, y después el 13. Mejor le preguntas a alguien en qué número vive Augustin Žlutický.

¿Augustin? Aquí al lado, un viejo le señala un portal. Tienes preparada una frase para el caso de que abra alguien que no sea él: Buenos días, soy František Drtikol y traigo un dibujo para Augustin Žlutický, me lo pidió cuando nos conocimos cerca del patio del pozo Anenský. Pero no estás seguro de si serás capaz de soltarla de una vez.

Una anciana escucha tu discurso y después dice: Augustin ha muerto.

Tienes el valor de protestar: ¿Cómo que ha muerto? Si hablé con él después de...

¿Después del incendio? Sí, chico, pero mi hijo era bombero. Murió mientras salvaba las vidas de otros.

Deseaba tener un recuerdo de ese acontecimiento..., dices dubitativo.

A ver, ¡enséñamelo!, ordena la mujer. Un pañuelo negro le rodea el rostro, ovalado.

Le tiendes el dibujo enrollado temblando como una hoja. Hubieras deseado no estar delante mientras lo observa. Durante

unos días ni siquiera te has acordado del diente que se te mueve, pero ahora te hurgas en él con la lengua para sacarlo como se saca un tronco de la tierra. En un lado ya puedes introducir la punta de la lengua entre el filo del diente y la encía blanda, dentro de poco podrás usar la lengua como palanca, es un músculo fuerte que cuando aprieta...

La torre de la mina, la chimenea del horno... y esto son las camas, ¿verdad?, murmura la mujer.

Sí. Y aquí, con el uniforme, he dibujado a Augustin. Pensaba que le haría ilusión.

La mujer se acerca el dibujo a los ojos, le brillan como una piedra mojada. Tienes razón, es él. Después vuelve a dirigir la mirada hacia ti y pregunta: ¿Y qué te prometió Augustin a cambio del dibujo?

Nada. ¿Le gustaría quedárselo?

Con mucho gusto, chico, suspira la mujer. Pero no te voy a dejar marchar sin que te tomes una taza de achicoria.

Se pierde en un pasillo oscuro de la casa, de la que salen los intensos olores de la tierra, aromas a raíces comestibles y barro. No sabes si tienes que ir tras ella; pero, en cuanto se percata de que te has quedado delante de la puerta, te hace un gesto.

Te la haré con leche, ¿vale?, dice desde la cocina mientras vierte la leche de una jarra a la cazuela. Tendrás que tomarla sin azúcar, no tengo.

Miras alrededor, sobre la puerta hay una bendición: BENDITA SEA LA CASA EN QUE HABITA LA PAZ DIVINA, BENDITO SEA EL HOGAR DE LOS TEMEROSOS DE DIOS, DICHOSA SEA LA FAMILIA QUE PASA SU ÚLTIMA HORA CON EL SEÑOR.

En una estantería descubres una foto de Augustin con ropa de teatro. Cuando la anciana te tiende la taza con la achicoria caliente, la superficie del líquido de color ocre tiembla. Ella suspira de nuevo y se sienta a la mesa. Dime, ¿cómo os conocisteis?

Apareció a mi lado en el montículo, cuando estaba dibujando.

¿Tienes algún otro dibujo?, y mira una vez más el que has traído. No, sólo éste.

¿Este? ¿Te gusta dibujar?

Asientes. Reparas en que en la estantería está también la esquila.

Me costó mucho escoger esos versos, dice la mujer. Pero de todas formas no me entra en la cabeza cuándo pudiste conocer a Augustin. Murió un par de horas después de que empezara el incendio.

Nos conocimos el segundo día, dices. Te acuerdas muy bien, el primer día llevaste las botellas de aguardiente a Březové Hory, el segundo regresaste con tus padres y el lapicero nuevo.

Es imposible, dice la mujer. Mira, y te enseña de nuevo la esquila. Aquí pone que murió el 31 de mayo de 1892. Eso fue el martes de la semana pasada. Has tenido que confundirte, chico, lo marqué con una cruz en el calendario... Bajó a la mina para ayudar a sus amigos, pero en vez de salvarlos murió él mismo. Lo sé muy bien, me pasé casi toda la noche llorando junto a su cuerpo.

El domingo, en el Monte Santo, se celebra un funeral multitudinario; la capilla y las naves están a rebosar, sólo una parte del gentío encuentra sitio dentro de la basílica. La mismísima Virgen María, consciente de que últimamente muchos le han dedicado devotos pensamientos, pero también reproches silenciosos, se ha adornado con algunos de sus mejores vestidos, uno amarillo con brocados de oro que le regaló hace ya mucho la emperatriz María Teresa. Alrededor de su cuello y del cuello del niño Jesús han puesto unas cadenas de oro y, sobre sus cabezas, han colocado sendas coronas incrustadas con piedras preciosas. No debe quedar duda de quién reina de nuevo sobre la ciudad.

Cada año miles de peregrinos acuden a ver a la Virgen María. Toda el ala occidental del templo del Monte Santo está cubierta de pinturas en las que la Virgen salva a sus creyentes del fuego y los incendios. El 16 de agosto de 1651 la doncella Mariana se abrasó los pies con leche caliente, pero la Virgen la salvó milagrosamente

de las quemaduras. En el castillo Zruč se declaró en 1669 un devastador incendio, pero el fuego se lo pensó de nuevo después de que le lanzaran un rosario, y no quemó ni un hilo. La gente se preguntaba en secreto: ¿cómo es que la Virgen María no ha intervenido esta vez, que no ha intervenido contra el incendio más terrible de todos, contra el incendio que se había declarado justo debajo de su templo en el Monte Santo y que además había comenzado en la galería a la que, para colmo, le habían puesto su nombre? Pero mientras algunos rezongaban así, los otros les recordaban que los hombres son pecadores. Y si un hombre es pecador, un minero lo es el doble, de eso no hay duda. Y tampoco hay duda de que para esos pecadores están las llamas del infierno, como ha quedado demostrado esta vez.

Aprietas con la lengua y el último diente de leche se suelta por fin. De la encía blanda salen unas cuantas gotas de sangre dulce. Mojas la punta de la lengua en ese pocillo y tragas despacio el néctar. Pero no sabes qué hacer con el diente, te pasarás el funeral chupándolo como si fuera un caramelo.

El cura, mientras tanto, se ha vuelto hacia la Virgen, ha hecho una genuflexión y ahora, en comunión con todos los que llenan el templo, susurra: Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas...